

622474000 001 CES-XIX 965

JUAN DE LEYDEN

CUADRO HISTÓRICO-DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

EDUARDO NAVARRO GONZALVO

*Estrenado con gran éxito en el Teatro Martín de esta capital
la noche del 14 de Febrero de 1874.*

A mi querido amigo

Pepe Fero

El autor



MADRID

1874

IMPRENTA DE J. NOGUERA, A CARGO DE M. MARTÍNEZ

calle de Bordadores, núm. 7

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Hable usted claro.
Quiero casarme.
Buscando una suripanta.
Nadar entre dos aguas.
En el *Diario Oficial*.
Buscando primos.
Un hijo del corazon.
La cruz de beneficencia.
La joroba del vecino.
Un drama íntimo.
A caza de una tiple.
Por ser tímido.
Bromas del tío.

Jugando al escondite.
Cosas del mundo.
El talisman de Felisa.
Los pecados de los padres.
La nueva panacea.
Llegar á tiempo.
Por un descuido.
A gusto de la tia.
Peor que mi suegra.
El que espera... desespera.
¡Descuidos!
El pecado de Caín.
Juan de Leyden.

EN COLABORACION

Juan Crespi.
Abajo las quintas.

La ciencia y el corazon.
El mártir de la duda.

AL APLAUDIDO PRIMER ACTOR

DON FRANCISCO RODRIGUEZ

SU BUEN AMIGO

El Autor.

PERSONAJES.

ACTORES.

ÁNGELA.....	SRTA. TORRECILLA.
JUAN DE LEYDEN.....	SR. RODRIGUEZ (F.)
HUTER (jefe anabaptista)...	RODRIGUEZ (A.)
EL OBISPO DE MUNSTER.	CÁMARA.
EL LANDGRAVE DE HESSE.....	FRAILE.
EL DUQUE DE GUELDRE.	GALÉ.
UN CAPITAN (tercios es- pañoles).....	NAVARRO.

Soldados, religiosos, jueces, el verdugo, anabaptistas, etc.

La accion en Munster, año 1536.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de **D. Eduardo Hidalgo**, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gran salon del palacio episcopal de Munster. Puerta grande ogival al foro, por la que se ve una larga galería; idem lateral izquierda, cubierta con rica colgadura. Idem derecha sin portier; dos soldados, inmóviles y apoyados en sus armas custodian esta puerta, que se supone es la prision de Leyden, en el palacio. En la galería del fondo, y cruzando por la puerta del foro otros dos centinelas, que pasean durante el acto. En primer término derecha, una mesa grande cubierta con tapete de terciopelo encarnado, elevada sobre el suelo por algunas gradas. Detrás de la mesa, tres sillones blasonados el del centro cubierto con un dosel donde campea el escudo del obispo. Dos sillas más pequeñas en los ángulos de la mesa para los dos secretarios. Recado de escribir. Sillones de la época diseminados por la escena. (Derecha é izquierda la del actor.) Al levantarse el telon, el capitan y el landgrave, avanzan platicando hácia el proscenio.

ESCENA PRIMERA.

LANDGRAVE y CAPITAN.

LANDGR. Capitan, os recomiendo
esquisita vigilancia
con el preso.

CAPITAN. Descuidad;
no le arrancan de mis garras
todos los anabaptistas
que hoy infestan la Alemania,
si vienen aquí reunidos.

con tal pretension; que es brava
mi gente y...

LANDGR. Nunca olvideis
que la ciudad domeñada
se encuentra, mas no tranquila;
que esa gente no descansa
y que han tenido por suya
quince meses esta plaza:
y una sorpresa pudiera
quizás. .

CAPITAN. ¡Bah! No temais nada,
que es vigilante el obispo
y es mi tropa muy bizarra,
y aunque me han dicho que son
osados...

LANDGR. Gente muy mala!

CAPITAN. Pero apóstoles de Cristo
esos sectarios se llaman.

LANDGR. ¡Los quince meses de imperio
de esa maldecida casta,
han sido el terror de Munster
y el espanto de Westfalia!
Vos no sabeis, capitan,
recien venido de España,
á qué cúmulo de horrores
la turba desenfrenada
aquí se entregó, en los días,
harto largos por desgracia
de su reinado.

CAPITAN. Algo he oido,
y á decir verdad, me pasma
que pudieran ellos solos
triunfar en la lucha airada.

LANDGR. ¡Oh, la secta anabaptista
era fuerte por desgracia,
y su hueste numerosa,
si bien ignorante y sándia,
se batió con ese arrojo

que dá la fé á la ignorancia!
Tres dias duró indecisa
en las calles la batalla
y sólo el génio infernal
de ese Leyden, y su audacia,
en los últimos momentos
pudo inclinar la balanza
en su favor!

CAPITAN. ¿Es valiente?

LANDGR. ¡Es un leon!

CAPITAN. ¡Ya me agrada!

LANDGR. Cuando el Dios de las victorias
concedió el triunfo á sus armas,
á deplorables excesos
se entregó la ruin canalla.
Murió el noble en su palacio
abrasado por las llamas,
cayó herido el sacerdote
del santo altar en el ara,
y cual botin, adquirido
de una ciudad conquistada,
se repartieron entre ellos
la propiedad!

CAPITAN. ¡Brava hazaña!

LANDGR. De Munster hacer quisieron
otra Roma consagrada,
Jerusalem la llamaron
y en mil ridículas farsas
la heregía anabaptista
tendió aquí sus negras alas.
Su jefe, el sastre de Leyden,
se hizo proclamar monarca
le ungieron despues profeta,
y si el obispo no acaba,
entrando aquí á sangre y fuego
con esa maldita raza,
Dios sabe qué porvenir
reservaban á Alemania

los miserables adeptos
de esa secta extraviada!

CAPITAN. Pero en breve irá al cadalso
su jefe.

LANDGR. Por Dios que tarda.
Con maña se han escapado
de nuestra justa venganza,
Húter, Gabriel, y otros jefes,
y dicen que en la Moravia,
de su herética doctrina
ya han establecido cátedras.

CAPITAN. Dejadlos; ya irán cayendo,
al César no le hacen gracia
los perturbadores.

LANDGR. Esa
es mi mejor esperanza.

CAPITAN. Pues no lo dudei s.

LANDGR. Ahora,
y dejando nuestras pláticas,
me vais á hacer la merced
de conducir á esta sala
al preso: traigo un mensaje
del tribunal...

CAPITAN. ¡Sin tardanza!

(Entra á la habitacion del preso de donde sale ense-
guida custodiándole.)

LANDGR. Pronto su altiva cabeza
veré rodar bajo el hacha
del verdugo... ¡Oh!... ¿Qué placer
hay mejor que la venganza?

ESCENA II.

Dicho, el CAPITAN y JUAN LEYDEN.

(El capitán sentado al fondo.)

LANDGR. ¿Me conoces...?

LEYDEN. ¡El landgrave

de Hesse!

LANDGR. ¡Sí; el mismo soy!
¿Recuerdas, Leyden, la noche
de pavoroso terror,
cuando en la sangrienta lucha
mi pobre hijo murió?
¡Tú le asesinaste!

LEYDEN. ¡Falso!

¡La fortuna, ó el valor
hizo que á mis piés cayera;
iba armado como yo,
y en lid igual combatimos
de tu casa en el portón!

LANDGR. ¡Yo puedo vengar su muerte!

LEYDEN. ¡Y hareis muy bien, vive Dios!

LANDGR. Del tribunal, que á juzgarte
va en breve, yo un miembro soy,
y te juro...

LEYDEN. No es preciso,
pues advierto en la expresion
de vuestros ojos, la ira,
la venganza y el rencor:
todas las malas pasiones
del hombre.

LANDGR. ¡Oh... vive Dios!

Miserable... (Leyden sonríe.)

CAPITAN. (¡Qué entereza!)

LANDGR. Ríete, que ese valor
de que blasonas, muy pronto
flaqueará.

LEYDEN. ¿Por qué razon?

LANDGR. ¡Tu muerte está decretada!

LEYDEN. ¿Y cuándo he dudado yo
que arriesgaba la existencia
por la *Reforma*, señor?
¿Y qué es la muerte? Esta tierra
que va á buscar el monton
del cual nos formara un día

el soplo del Hacedor!
Barro, que asimila el barro,
breve descomposicion
de la materia, y el alma
sube inmortal hasta Dios!

LANDGR. ¡Pero la sangre vertida
sobre el cadalso, es padron
de ignominia!

LEYDEN. ¿Quién tal dijo,
si queda ileso el honor?

LANDGR. ¡Es mancha de eterno oprobio!

LEYDEN. Se engaña quien tal pensó.

La sangre del martir es
benéfica lluvia, es sol,
que en el campo de la idea
hace convertir en flor
la semilla del apóstol.

LANDGR. ¡Qué espantosa obcecacion!
Cuando el hacha del verdugo
separe en golpe feróz
tu cabeza soñadora
del cuerpo batallador,
dí, ¿no morirá contigo
cuanto ahora vive?

LEYDEN. ¡No, no!

¡Para enterrar las ideas
no teneis enterrador!

¿Quién, con fúnebre mortaja
pretende envolver al sol?

La idea no tiene pátria,
ni secta, ni religion,

es luz, y sávia, es fluido,

es algo impalpable, ¡es Dios!

¡Con la rapidez del rayo

va de region en region,

é ilumina y purifica

cuanto es tinieblas y error!

LANDGR. Cuando la espada homicida

en noche de destruccion
se entregaba á la matanza
del combate en el fragor,
¿representaba una idea,
responde, dí?

LEYDEN.

¿Por qué no?

¡Sí! ¡Cuando sigue un caudillo,
la extraña revelacion
que á las puertas de su alma
llama con potente voz,
esgrime el tajante acero
que su conciencia impulsó,
y su espada es el cincel
que labra una institucion!

LANDGR.

Loco estais...

LEYDEN.

¡Eso dijeron

del Divino Redentor!

LANDGR.

El tribunal, sin embargo,
deseando encontrar en vos
un noble arrepentimiento
y franca retractacion...

LEYDEN.

¿Qué yo me retracte? ¡Nunca!

CAPITAN.

(¡Muy bien!) (Se levanta.)

LANDGR.

Pensadlo mejor.

Dentro de breves momentos
en este mismo salon,
vais á ser interrogado
por última vez... y yo,
si os retractais, del tormento
libraros puedo.

CAPITAN.

(¡Qué horror!)

LANDGR.

(Al capitán.) Llevadle...

(A Leyden.) ¡Pensadlo bien...!

LEYDEN.

(Entrando en su prision.)

Está ya pensado. Adios. (Al capitán.)

ESCENA III.

LANDGRAVE, el CAPITAN, á poco ANGELA.

CENT. 1.º ¡No se puede entrar!

CENT. 2.º (Deteniendo á Angela.) ¡Atrás!

ANGELA. ¡Oh... quiero verle!

CAPITAN. (Acercándose al foro.) ¿Qué es eso?...

ANGELA. Mi esposo, mi Juan...

LANDGR. ¿Qué pasa?

Entrad...

ANGELA. Señor...

CAPITAN. No comprendo...

ANGELA. Yo le quiero con el alma,
y hace mucho, mucho tiempo
que abandonando una noche
nuestro hogar dulce y sereno...
marchóse á Munster.

LANDGR. ¿Qué dice?

ANGELA. Con algunos compañeros;
en rebelion se alzaron
contra el obispo...

CAPITAN. (Yo tiemblo
de comprender...)

ANGELA. Y hubo lucha
y asesinatos, é incendios,
pero él no ha sido, él no ha sido,
mi Juan es honrado y bueno.

LANDGR. ¿Qué dice esta pobre loca?

ANGELA. No, no estoy loca...

CAPITAN. Sospecho...

ANGELA. Despues le hicieron profeta,
y apóstol, y rey...

LANDGR. Ya entiendo,
de Juan Leyden sois...

ANGELA. La esposa...

LANDGR. ¿Y deseais...?

ANGELA. ¡Quiero verlo!

LANDGR. Imposible.

ANGELA. ¡Oh... por piedad!

LANDGR. No puede ser...

ANGELA. ¡Os lo ruego!

LANDGR. ¡Jamás!

ANGELA. Cuando la fortuna
le sonrió en su apogeo,
y en las cumbres del poder
le colocó... tuve celos,
y horas de amarga agonía
pasé en constante silencio...
él era feliz, y entonces
jamás pretendí yo verlo.
¡Ahora, dicen que está herido
y en este palacio preso,
murmuran, que tal vez pronto
le sentenciará el consejo
á muerte, y ahora, señor,
ahora sí que anhelo verlo!
De los suyos olvidado,
triste, solitario y preso
le faltará mi cariño,
necesitará el consuelo
de su esposa, y cuando todos
le abandonan, ¡ay! ¿no es cierto
que el calor de mis suspiros
y el aroma de mis besos,
le hará mucha falta, mucha,
no es verdad...?

CAPITAN. ¡Vamos...! (Al landgrave.)

LANDGR. No puedo...

CAPITAN. Si al obispo le pidierais
un permiso...

ANGELA. Sí, un momento,
uno solo...

CAPITAN. Me enternece

á mi pesar...
LANDGR. Volved luego;
vuestra peticion presente
voy á hacer ante el consejo,
y el capitan os dirá
si podeis...
ANGELA. Que os premie el cielo
la merced.
LANDGR. Bien; despejad
y volved.
ANGELA. Volveré presto...
¡Capitan, gracias!
CAPITAN. (Inclinándose.) Señora
ANGELA. ¡Volveré! (Vase por el foro.)
CAPITAN. ¡Guárdeos el cielo!
LANDGR. Vos las guardias prevenid,
que no tardará el consejo.
(Váse lateral izquierda.)

ESCENA IV.

El CAPITAN, á poco el DUQUE DE GUELDRE, y HÚTER
con hábito franciscano y calada la capucha; am-
bos por el foro.

CAPITAN. ¡Pobre mujer! ¡Y es hermosa!
¡Con qué teraura y amor
supo expresar el dolor
que en su corazon rebosa!
(Entran el duque y Húter.)
(Descubriéndose.) ¿Aquí el duque?

DUQUE. Capitan,
¿no sois vos el encargado
de custodiar al malvado
Juan Leyden?

HÚTER. (¡Qué horrible afán!)

CAPITAN. El obispo me encargó
comision tan delicada.

DUQUE. ¿Y está la fiera enjaulada
con seguridad?

CAPITAN. ¡Pues no!

DUQUE. ¡Oh, si ese audaz criminal
por un azar se escapara,
mal el prestigio quedara
de la autoridad feudal!
Fuerza es que se le condene
y que sea su tormento
un saludable escarmiento
que á sus parciales enfrene.
Que otros nuevos impostores
no subleven la canalla,
y no den otra batalla
los siervos á los señores.
Ellos, desde Adan y Eva
nuestros inferiores fueron,
y para esclavos nacieron
del terruño y de la gleba.
Y en vano buscan la traza
de levantarse, soberbios.
¡Ellos serán siempre siervos,
tal es la ley de su raza!
Juan Leyden, hombre fatal,
alzó la altiva cerviz
y en su cuello, hoy de raiz
vamos á cortar el mal.
Su bando está dominado,
nada podemos temer,
pero hace falta tender
una red al sentenciado.
Y el consejo, á no dudar
muy prudente y previsor,
le ha buscado un confesor
á ver si logra ablandar
ese corazon de roca,
y puede con calma pía
arrancar de la heregía

una protesta en su boca.
¡Que para echar un borron
sobre esa secta maldita,
lo que aquí se necesita
es una retractación!

De San Francisco el prior
nos recomienda á este hermano
de espíritu recto y sano,
como el apóstol mejor
que puede el milagro obrar
sin que su paciencia ceje;
conque llamad al herege,
y dejadlos platicar.

(El capitán entra y sale enseguida con Leyden.)

ESCENA V.

Dicho y LEYDEN.

- HÚTER. (¡Siento un temblor!)
- LEYDEN. (Al capitán.) ¡Otra vez
me molestais!... ¿Qué quereis?
(Viendo al fraile y retrocediendo.)
¿Qué es esto? ¿Qué pretendéis?
- DUQUE. ¿De qué te asustas, pardiez?
¿Por qué tu acento se trunca
por la emoción del temor?...
- LEYDEN. ¡Debo advertiros, señor,
que yo no me asusto nunca!
- DUQUE. El que ves en tu presencia,
viene hasta aquí á darte ejemplo.
- LEYDEN. ¡Oh!... yo no tengo otro templo,
ni otro altar que mi conciencia...
- DUQUE. ¡El viene de su fé en pos
á orar por tí, temerario!
- LEYDEN. ¡Yo no acepto intermediario
entre mi espíritu y Dios!

- HÚTER. (Acercándose y muy bajo.)
Hermano...
- LEYDEN (Apartándose.) ¡No escucharé
y en vano lo intentareis!
(Húter hace una seña al duque y al capitán; en-
trambos se retiran; los soldados á una seña del ca-
pitán vándose los cuatro por la galería del fondo, si-
guiendo á éste y al duque.)
- DUQUE. (Al salir.) ¡Convencedlo si podeis,
que es lo importante!)
- HÚTER. (Lo haré!)

ESCENA VI.

LEYDEN y HÚTER.

(Húter se acerca á Leyden y se levanta la capucha.)

- LEYDEN. ¡Húter!
- HÚTER. ¡Maestro!
- LEYDEN. (Le abraza.) A mis brazos...
¡Oh mi apóstol favorito...
pero silencio... estos lazos
son aquí un crimen maldito!
- HÚTER. ¡Tengo el alma hecha pedazos!
¡Supe lo que proyectaban
y asesiné al que os mandaban
para arrancarle el disfráz!
- LEYDEN. ¡Tú matar!
- HÚTER. ¡O me mataban!
- LEYDEN. ¡Ay Húter!..
- HÚTER. ¡Descanse en paz!
(Se estrechan las manos; breve pausa.)
- LEYDEN. ¡Cómo has tardado! (Con dolorosa reconven-
cencia)
- HÚTER. Señor,
pongo al cielo por testigo
que sólo el hado traidor...
- LEYDEN. Perdóname, dulce amigo,
me hace injusto mi dolor.

HÚTER. ¿Qué ha sucedido?...

LEYDEN.

Primero,

de tu comision dá cuenta

¿Te detuvo...?

HÚTER.

Una tormenta...

LEYDEN.

¿Pero no has visto á Lutero?

HÚTER.

¡Le ví, con pena cruenta!

¡Sin saber el resultado

que hoy causa nuestro tormento

y os tiene aquí aprisionado,

desaprueba el movimiento!

LEYDEN.

¡Tambien él me ha abandonado!

HÚTER.

Horrible y triste verdad

que os revela en este pliego.

(Dá un pliego á Leyden; éste lee un momento y se le escapa de las manos, Húter lo recoge del suelo, y se lo guarda.)

LEYDEN.

¡Oh... funesta ceguedad!

¿Que ceda en la lucha luego,

y que entregue la ciudad?

¡Tembló aquel ánimo fuerte

y aquí acabó mi poder!

HÚTER.

¡Oh... luchad contra la suertel!

LEYDEN.

¿Quién, del ángel de la muerte

logra el vuelo detener?

HÚTER.

Señor ...

LEYDEN.

¡Basta! Del mensaje

explícame la tardanza...

bien sabes, que en tu viaje

fundaba yo mi esperanza.

HÚTER.

Maestro... ¿y me haceis el ultraje

de dudar de mi cariño

de mi respeto hácia vos...?

¡De Húter, que corriendo en pos

de las huecas...

LEYDEN.

¡Pobre niño!

¿Dudar de tí? ¡No por Dios!

HÚTER.

Cuando á Lutero dejé

al puerto de Liegea frí,
presuroso me embarqué
y el mar Báltico crucé
ansiendo llegar aquí.
¡Por vos cuidadosa mi alma
tardábame el arribar;
Dos días de navegar
llevaba el buque con calma.
¡Serena estaba la mar!
En un cielo, que esplendente
con luz diamantina brilla,
dibújase de repente
una blanca nubecilla
sobre su azul trasparente.
¡Parece un blanco querubel!
¡De pronto, crece la nube,
toma la forma de un monte,
se hace negra, sube, y sube,
vá invadiendo el horizonte!
Al correr, rauda y ligera
parece un trasgo, una bruja
que en espantosa carrea
el fiero huracan, empuja
contra la nave velera.
Hay calma aún; ni un ruido
por el espacio perdido;
se escucha un vago rumor,
busca la gaviota el rido,
es sofocante el calor!
¡Llueve al fin: silban los vientos
corren, vuelan, y se abaten,
y en misteriosos acentos
dicen que airados combaten
los furiosos elementos!
¡Aguaceros, huracanes!
¡El relámpago y el trueno!
¡Olas, espumas, desmanes
del cielo y el mar sin freno!

¡La lucha entre dos Titanes!
¡De la bóveda sombría
rasgando el negro capúz,
descienden con rabia impía
cascadas de ardiente luz
que el rayo dirige y guía!
¡Y al oír de la tempestad
cual ruge el potente grito,
se adivina en realidad
*el pulmon del infinito
soplando en la inmensidad!*
¡Y hay espectros funerarios
entre las ondas azules,
de formas y aspectos varios...!
¡Pliegues de inmensos sudarios
hechos de flotantes tules!
Ebrio el huracan se agita
furioso el mar se enloquece,
colérico el cielo grita
y en los abismos parece
que el mundo se precipita.
Después... huyen las neblinas,
nubes de rubí y topacio
dibújanse nacarinas...
cruzan las aves marinas
en raudo vuelo el espacio...
La lluvia cesa; en el cielo
se dibuja un arrebol
signo de calma y consuelo...
¡Y el viento abate su vuelo
y brilla esplendente el sol!
¡Basta! En esa tempestad
que sublevó el Océano
contra esta pobre ciudad,
se trasparenta la mano
de horrible fatalidad!
¡Quizá yo me equivoqué
y contra Dios blasfemando

LEYDEN.

alcé el prepotente bando
que inspirado por la fé
venció en momento nefando!
Y la eterna maldicion
quizá...

HÚTER. Maestro, por Dios. .
¿vais á abjurar...?

LEYDEN. (Dominándose.) ¡Qué ilusion...!
¿Estamos solos los dos...?

HÚTER. Solos.

LEYDEN. ¡Qué alucinacion!
Ya pasó... fué un pensamiento
fatal... Corre á averiguar
la hora de mi tormento
y venme luego á avisar...
¿Lo harás?

HÚTER. Maestro... un momento
Por si ese espíritu fuerte
que vá inmutable y sereno
donde le llama la suerte,
tiembla quizá ante la muerte,
tomad. (Dándole un pemo.)

LEYDEN. ¿Qué es esto?

HÚTER. ¡Un veneno!

LEYDEN. ¿Suicidarme? ¡Qué delirio!
¡Acabar yo con un crimen
de esos que no se redimen!
¡Ah... no; ¡Prefiero el martirio,
(Lo arroja lejos de sí.)
porque los mártires viven
con la aureola sagrada
de la víctima inmolada...
(Aparece por el foro el obispo con el consejo.)

HÚTER. ¡Cielos!

LEYDEN. ¡El trance fatal!

¡Húter, parte!

CAPITAN. (Desde el foro.) ¡El Tribunal!

DUQUE. (A Húter.) Habis conseguido...

HÚTER. Nada,

ESCENA VII.

LEYDEN, el OBISPO, el LANDGRAVE, el DUQUE DE
GUELDTRE, y dos secretarios.

Los tres primeros toman asiento en los sillones; el obispo en el del centro, á los dos lados los secretarios, dos soldados de pié, detrás del obispo. Otros dos á entrambos lados de la mesa á una respetuosa distancia. Leyden de pié frente á la mesa. El capitán, con la espada desnuda á cierta distancia de Leyden.)

OBISPO. Juan de Leyden, si acaso arrepentido
de tu crimen estás, si la doctrina
que falsario y audaz has sostenido
quieres hoy abjurar...

LEYDEN. ¡Bondad divina!

OBISPO. El tribunal augusto que presido
á clemencia y bondad por tí se inclina.
Abjure el impostor...

LEYDEN. ¡Si soy falsario,
dejad que en paz recorra mi calvario!
Escuchando la voz de mi conciencia
y junto á mi, reuniendo á mis hermanos,
les expliqué mi dogma y mi creencia
con recto corazón é intentos sanos!
Sobróme fé, faltóme la elocuencia...

OBISPO. ¡Bastaba á seducir á los villanos
la ruin promesa del botín sangriento!

LEYDEN. ¡De promesa y botín, no me arrepiento!

OBISPO. De Sthorch, y Muncer, y el procaz Lutero,
tú seguiste la senda alucinado;
de un modesto taller, humilde obrero,
hasta el trono de Munster te has alzado
sobre el pavés de la nobleza y clero,
y cuanto hay en la tierra de sagrado.
¡Pero hoy por fin, vencida tu malicia
el peso sentirás de mi justicia!

- LEYDEN. ¡Tu justicia!
- OBISPO. ¡Si tal!
- LEYDEN. Error funesto!
- OBISPO. Tú, contra los pastores protestaste
de la Iglesia Católica!
- LEYDEN. ¡Y ¡protesto!
- DUQUE. Señor, no hay calma que á escucharle
- LANDGR. ¡Que muera impenitente! (baste.
- LEYDEN. ¡Pero presto!
- OBISPO. ¡Tú impusiste tu ley á mano armada!
- LEYDEN. ¿Y vos, obispo, no ceñís espada?
¡Si sois de un Dios de paz, ministro santo,
de un Dios que es todo amor, pastor austero
que eleva al cielo del perdón el canto
y al pecador consuela lastimero,
¿por qué colgais junto al sagrado manto,
en vez de humilde cruz, tajante acero?
- OBISPO. ¡Ponedle una mordaza al deslenguado!
(El capitán avanza unos pasos.)
- LEYDEN. ¿Le asustan mis verdades al prelado?
(El obispo hace retirar al capitán con un imperioso
ademan.)
- OBISPO. Contra la raza noble, raza ungida
tu incitásteles al pueblo, en la pelea,
blandiste contra ella arma homicida
la abrasaste por fin, con roja tea.
- LEYDEN. ¡Sí! Del árbol social, rama podrida
la abrasé en holocausto de mi idea,
cual se abrasa un cadáver putrefacto,
para evitar pestilencial contacto!
- LANDGR. ¡Oh... calle el impostor!
- DUQUE. ¡Tiemble el villano!
- OBISPO. ¿Que al borde del sepulcro está, no advier-
- LEYDEN. ¿Y qué me importa ese furor insano (te?
ni la ruin amenaza de mi muerte?
¡Tormento y persuasión todo es en vano!
¡Dejad que hasta el final siga mi suerte!
¡Anabaptista soy, cristiano muero,

- y el justo fallo de la historia espero!
- OBISPO. (Levantándose y golpeando la mesa.)
¡Basta de discutir con la heregia!
De la ley sufrirás el justo yugo
y hoy morirás, al espirar el día!
(El duque y el landgrave asienten con un movimiento de cabeza.)
¡Así á tu recto tribunal le plugo,
y de tu secta la doctrina impía
discutirla podrás con el verdugo!
- LEYDEN. ¡La sangre que destile su cuchilla
de otro mártir, señor, es la semilla!
(Obispo y acompañamiento dirigiéndose al foro.)
- OBISPO. ¿Capitan...
- CAPITAN. ¿Qué debo hacer?
- OBISPO. Poco tendreis que aguardar,
que el día está al declinar
y muere al anochecer...
Dejadle solo un momento
sin descuidar...
- CAPITAN. ¡Bien está!
- OBISPO. ¡Tai vez solo... escuchará
la voz del remordimiento!
(Salen todos, incluso el capitan. Quedan solo dos soldados que se ven pasear en el último término de la galería del fondo.)

ESCENA VIII.

LEYDEN.

(Comienza á oscurecer.)

Horas de tranquila calma
y de dulce reposar
que en el rincón del hogar
fuisteis encanto del alma,
hoy del martirio la palma
me espera en rudo sufrir,
y tan cerca del morir

vienen á entibiar mi fé,
recuerdos que no pensé
me hicieran ya sonreír!
Pasado, triste verdad...
presente, sin esperanza...
porvenir, nube que avanza
preñada de tempestad,
espantosa trinidad
que viene á abrasar mi frente
como un círculo candente.
Si á muerte estoy condenado
¿por qué recuerdo el pasado,
por qué me abruma el presente?
¿Por qué la forma de un sér,
fantasma amante y querido,
me recuerda dolorido
los momentos de placer
de mis venturas de ayer?
¿Por qué en dulce sensacion
y placentera emocion,
hoy como nunca sentida,
siente más calor, más vida,
este pobre corazon?
Profeta, caudillo y rey
logré ser en breve plazo
y ante el poder de mi brazo
tembló sumisa mi grey
é hice respetar mi ley.
Mas hoy llego á comprender
que es el mundano poder
y la gloria cortesana,
flor que nace á la mañana
y muere al anochecer!
(Se deja caer abatido en un sillón.—Pausa breve.)

ESCENA IX.

LEYDEN y ANGELA.

(Leyden sentado muy abatido, de espaldas al foro: Angela, vá á entrar precipitadamente; al ver á Leyden, dominada por la emocion se apoya en el marco de la puerta y dice á media voz.)

ANGELA. ¡Es él!

LEYDEN. (Levanta súbitamente la cabeza.)

¿Qué voz amorosa
aquí en el alma resuena,
y en esta lucha horrosa
es la ráfaga serena
que me ilumina?

(Se levanta; al volverse para dirigirse al foro, vé á Angela, y torna á caer abatido en el escaño.)

¡Mi esposa!

ANGELA. (Corre á él y se abraza llorando á sus rodillas.)

¡No te vengo á recordar
de otros momentos mejores
el sabroso platicar,
ni vengo tu fé á turbar
con mis ensueños de amores!
Yo sé que estabas herido...

LEYDEN. (Levantándola, y bajando ambos al proscenio; muy sentido y reposado en toda la escena.)

Quise en la lucha morir
sin poderlo conseguir...

ANGELA. Pero ya estás... (Abrazándole con efusion.)

LEYDEN. (Hace un gesto, como si le hubiese lastimado el abrazo, y la rechaza suavemente y sonriendo.)

¡Dolorido!

ANGELA. Conozco en tu sonreír
que sufres mucho.

LEYDEN. ¡Qué error!

¡Ay Angela, lo peor
en esta lucha homicida,
no es el dolor de la herida;
¡es la herida del dolor!

En esta prueba espantosa
déjame morir sereno,
solo...

ANGELA. Junto á mi reposa...

LEYDEN. ¡Cuando el cáliz está lleno
con una gota rebosa!
¡En esta oscura prision
vivo devorando agravios
en tan triste situacion,
que siento amargos los lábios
de la hiel del corazon!
Con espantosos procesos (Animándose.)
me siguen con rabia loca
que ya en la demencia toca...

ANGELA. (Con dulzura, y procurando calmarle.)

¡Deja que sequen mis besos
la amarga hiel de tu boca!

LEYDEN. Oye: escarnecen mi ley,
me llaman profeta falso,
y en un pueblo en que fui rey
me están alzando el cadalso,
para afrenta de mi grey.
Al obispo sometido,
y á la fuerza subyugado,
sufro la ley del vencido;
¡de mi secta han blasfemado!
¡de mi doctrina han reido!
¡Mas mi palabra sagrada,
la que anunciaba doquier
la buena nueva esperada,
no han logrado enmudecer
con el filo de su espada!

ANGELA. ¡Mas tu poder se ha eclipsado,
y solo con tus pesares
gimes aquí abandonado!

¡Tú, el caudillo acariciado
por las auras populares!

LEYDEN. ¿Qué es la popularidad?

Es la ola mansa que oscila
del mar en la inmensidad.

¡Ay de esa ola tranquila
si estalla la tempestad!

El viento con furia loca
la empuja, y como un alud
se despeña, ruge, choca,
y vá á estrellarse en la roca
de la negra ingratitud!

ANGELA. ¡Oh, triste verdad!

LEYDEN. No llores,

mitiga tu desconsuelo,
y pon freno á tus dolores,
¡que allá en la gloria, en el cielo,
me esperan horas mejores!

ANGELA. ¿Tú morir?

LEYDEN. Tal es mi suerte
aceptada y decidida.

ANGELA. ¡Una existencia perdida,
rama que troncha la muerte
en el abril de la vida!
Cuando aún podías...

LEYDEN.. ¡Sufrir!

¡Dice que es largo el vivir
y se vienen á juntar
el llanto del comenzar
con el ¡ay! del concluir!

ANGELA. No, Juan, al dolor ajenos...

LEYDEN. No sigas... la vida es corta,
y si aquí no hay dias serenos,
¿qué importa un momento ménos?
¿Un momento más, qué importa?

ANGELA. ¡Tú, por tu fé iluminado
fuiste el profeta elegido,
y á tu secta consagrado
lo diste todo al olvido!

LEYDEN. ¡Pero á tí no te he olvidado!

ANGELA. ¿De veras?

LEYDEN. ¡Cómo engañarte
si tuve el corazón roto
en tu ausencia por amarte!
¡Si hice voto de olvidarte
y sólo he olvidado el voto!

ANGELA. Me abandonaste...

LEYDEN. ¡Alma mía!

En esta lucha bravía,
en esta contienda extraña
tu sér, como débil caña
el huracán troncharía!

ANGELA. Cuando tan alto te ví,
perdona mi queja amante,
venturoso te creí,
y entonces pensé...

LEYDEN. ¡Ay de mí,

yo no he tenido un instante
de venturosa alegría,
de paz ni satisfacción!
¡El profeta sonreía
y aquí en el pecho tenía
desgarrado el corazón!

ANGELA. ¿Y por nadie comprendida
fué tu pena?

LEYDEN. No. La fuente,
al nacer, corre perdida
y deslízase escondida
por la escabrosa pendiente.
De mostrarse se desdena
y al seguir su ruta extraña
ni un hilo de plata enseña,
y al fin, socava la peña
y desploma la montaña.
¡Así el dolor se derrumba
por nuestro sér, corre en calma,
mina, nos socava el alma,
y nos desploma en la tumba
dó está del mártir la palma!

ANGELA. ¡Oh, ten de mi compasion...
he llorado tanto, tanto,
que cual bajel sin timon,
he perdido el corazon
en los mares de mi llanto!

LEYDEN. ¡Desventurada criatura!
¿Qué es llorar? Bien poca cosa,
cuando esta vida azarosa
es un gemido que dura
desde la cuna á la fosa.

ANGELA. ¡Tú morir! Es horroroso...
nó...

LEYDEN. Resignacion, paciencia...

ANGELA. Es imposible...

LEYDEN. ¡Es forzoso!

ANGELA. ¿Y dónde hallaré el reposo
y la paz de mi existencia?
Cuando en el pecho batalle
tu recuerdo y mi pasion,
y roto mi pecho estalle,
¿cómo le diré que calle
al doliente corazon?
Si del dolor al quebranto
me causa la vida enojos,
y el porvenir me dá espanto,
¿cómo secaré en mis ojos
la amarga fuente del llanto?
¡Tú eres mi bien, mi albedrío,
á tu voz la dulce calma
recobraba el pecho mio,
y tu amor era el rocío
que fecundizaba mi alma!
¡Amorosa, embebecida,
de tu mirada querida
siendo mi sér girasol,
eran tus ojos, el sol
que á mí me prestaba vida!
Hoy te pierdo entre dolores,

por eso de muerte el frío
siento al perder tus amores,
y muero, como las flores,
faltas del sol y el rocío!

LEYDEN. ¡A la voz de la pasión
tu sentimiento se exalta
y roba con su emoción
la entereza que le falta
á mi pobre corazón!
¡Déjame morir con gloria...!
¡Si aquí todo se derrumba
como esperanza ilusoria,
para vivir en la historia
hay que nacer en la tumba!

(Aparece Húter por el fondo, se acerca rápidamente
á Leyden, y le dice muy bajo.)

HÚTER. Maestro...

LEYDEN. ¿Llegó la hora? (Idem.)

HÚTER. Se acercan...

LEYDEN. (Voy á morir.)

Húter... (Señalando á Angela.)

HÚTER. (Comprendo) Señora...

LEYDEN. Síguele...

ANGELA. Vas á partir,

Juan mío... (Abrazándole.)

LEYDEN. (¡Suerte traidora!)

ANGELA. ¡No me podrán arrancar
de tus brazos!

HÚTER. (Mirando al foro con recelo.)

(¡Ya me inquieta...!)

ANGELA. Leyden...

LEYDEN. No me hagas llorar
que quiero al pueblo mostrar
que aún soy su rey, su profeta.
¡En mi postrer despedida
y al ser mi garganta herida
yo proclamaré mi idea,
para que mi muerte sea,
el digno fin de mi vida!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, el OBISPO, el LANDGRAVE, el DUQUE, religiosos, el verdugo, soldados, etc., etc... (dos con hachones encendidos.)

OBISPO. ¿Ya estais preparado?

ANGELA. (Al ver la comitiva.) ¡Oh!

(Cae desmayada en brazos de Húter.)

LEYDEN. ¿Cuándo no lo estuve yo?

OBISPO. ¿Abjurais de vuestra fé?

¿Quereis retractaros?

LEYDEN. ¡No!

(Se acerca á Angela, la besa en la frente y dice á Húter muy conmovido.)

¡Cuida de ella!

HÚTER. ¡Cuidaré!

OBISPO. Pensad que vais á morir...

LEYDEN. ¡Qué me importa sucumbir á vuestra saña fatal,

si me guarda el porvenir

una página inmortal!

¡Sin que una duda me aqueje

yo voy de la gloria en pós

y en vano esperais que ceje!

OBISPO. ¡Hola... á la hoguera el herege!

(Avanza el verdugo y los soldados.)

LEYDEN. ¡Perdónalos, justo Dios!

¡Y haz que en venidera edad

triunfando de la malicia

restauren la humanidad

el reino de la justicia

y el sol de la libertad!

FIN DEL CUADRO.